

Inauguración del XVII Simposio de la Asociación Española de Estudios Hebreos y Judíos (Lucena, 5-7 de junio de 2019)

Excmo. Sr. Alcalde de Lucena, Excmo. Sr. Concejel de Turismo, Cultura y Deportes del Ayuntamiento de Lucena, Sr. Presidente de la Asociación Lucena Bet Alfasi, Sras. y Sres., amigos todos. Muy buenas tardes.

Me produce un enorme placer darles la bienvenida al décimo séptimo simposio de la Asociación Española de Estudios Hebreos y Judíos.

Enseñar y aprender son dos verbos muy diferentes en español, pero en hebreo tienen la misma raíz, *lamad*, quizá porque los hablantes del hebreo antiguo entendieron muy pronto que en la vida el que más enseña es el que más tiene que aprender y el que más ha aprendido es el que más cosas puede enseñar.

Si repasamos aunque sea solo por encima la historia judía de Lucena, nos daremos cuenta enseguida que se trata de una historia de enseñanza y aprendizaje, una historia de maestros y discípulos, de transmisión y recepción de conocimientos, en definitiva, una historia que encarna en su esencia esa actividad humana tan imprescindible como es la docencia.

Como bien sabemos, Lucena, sobre la que las crónicas medievales decían que era una ciudad exclusivamente judía, contó en la Edad Media con una de las academias rabínicas más respetadas del mundo entero. La situación de Lucena para los judíos medievales sería comparable hoy en día a la de una ciudad que cuente con una prestigiosa Universidad, como Salamanca, Barcelona, Granada o Madrid.

Pero ¿cómo empezó la historia de la academia rabínica de Lucena? Como tantos otros episodios en la historia del pueblo judío, no podía ser sino con un milagro: el gran sabio Rabbí Natronai, gaón de una de las academias rabínicas de Babilonia durante la segunda mitad del s. IX, pegó un salto enorme desde Babilonia y se plantó en Lucena; aquí vino precisamente a enseñar, a enseñar la Torá y a cómo interpretar la ley. Cuando cumplió su objetivo, se volvió a Babilonia con otro salto.

Sea como fuere, lo que parece claro es que las enseñanzas rabínicas de Rabbí Natronai dejaron una profunda huella en un joven de Lucena llamado Eleazar bar Samuel, que llegaría a ser un rabino importante, aunque hoy en día no sea muy conocido. Desde esta ciudad en que nos encontramos, Rabbí Eleazar bar Samuel practicaba la costumbre de la época medieval de consultar a los grandes expertos de las academias de Babilonia acerca de cómo proceder en algunas cuestiones legales. Por los documentos

conservados, sabemos que Rabbí Eleazar bar Samuel consultó al gran maestro Rabbí Natronai (el del salto) sobre cuestiones de herencias, apostasía, documentos matrimoniales. En una ocasión Rabbí Eleazar preguntó a Rabbí Natronai lo siguiente: si un varón se convierte al judaísmo y ya estaba previamente circuncidado, ¿cómo hay que proceder? ¿hay que hacerle algo “en ese lugar”? ¿hay que hacerle derramar sangre o no? La respuesta de Rabbí Natronai a nuestro rabino de Lucena no dejaba lugar a dudas:

Si tiene todavía piel, por supuesto que hay que hacerle derramar sangre. El problema se plantea cuando no queda piel y la respuesta es que incluso en este caso algo de sangre hay que hacerle derramar en ese lugar.

Tras haber resuelto este importante dilema y después de convertirse en un experto en leyes gracias a las enseñanzas de Rabbí Natronai, Rabbí Eleazar bar Samuel decidió dar el salto (de manera simbólica) y marchar a Babilonia a enseñar a las futuras generaciones las interpretaciones del Talmud. El prestigio de Rabbí Eleazar bar Samuel como talmudista debió de ser importante, porque fue muy bien recibido en Babilonia y llegaría ser durante algún tiempo el líder de la academia de Sura.

Otros grandes rabinos tomarían el relevo en la academia de Lucena. Uno de los más conocidos fue Isaac ibn Gayyat, autor de poemas, *responsa* rabínicas y un importante comentario al libro bíblico del Eclesiastés. A su muerte dejó varios discípulos del prestigio del poeta y filósofo Moisés ibn Ezra o del filósofo Yosef ibn Saddiq.

A principios del s. XI destacaría Isaac ben Yaaqob Alfasi (el de Fez), quien viajó desde el norte de África a Lucena para contribuir con sus enseñanzas al prestigio de la academia rabínica. Con la intención de organizar de manera sistemática el abigarrado conjunto de leyes que es el Talmud, Isaac Alfasi elaboró sus famosas *Halajot*, una obra de carácter didáctico que también pretendía poner un poco de orden en las embarulladas mentes de los jóvenes talmudistas que estudiaban con él.

Las *Halajot* de Alfasi tuvieron tanta trascendencia a lo largo de toda la Edad Media que en algunos casos llegaron a sustituir al propio Talmud como texto básico de estudio. Fueron denominadas “el Talmud en miniatura”.

La tumba de Alfasi, hoy desaparecida, contenía un epitafio obra del gran poeta Moisés ibn Ezra. Los versos de dicho epitafio, traducidos brillantemente por nuestro colega José Martínez Delgado junto con el poeta Manuel Lara Cantizani, aquí presente, destacan con luz propia en el monumento que visitaremos a continuación de este acto:

el cementerio judío de Lucena. Con el permiso de Manuel Lara me permitiré leer algunos de estos versos de Moisés ibn Ezra lamentando la muerte de Alfasi.

Grabad con cincel sobre diamante
 un lamento digno de recordar.
 Agotados los días terrenales, renovará
 su luto todo el que llegue hasta el final de los tiempos.
 Decid: en esta tumba la lucerna de la sabiduría
 yace enterrada, el mundo se ha quedado ciego.
 Ese día perdió sus ornatos y joyas
 la Torah, se retiró el collar de la garganta.
 Venid, moradores del orbe, con amargura
 y congoja por él plañiréis.
 Es ley hacer duelo y llorar sobre el lugar
 en el que se rompieron las tablas y el Arca.

La “lucerna de la sabiduría”, el gran Alfasi, dejaría tras su muerte algunos distinguidos discípulos, que se convertirían más tarde en grandes maestros, como Yosef ibn Megas, que vino a Lucena cuando solo tenía doce años a estudiar con Alfasi. Según nos cuenta el cronista medieval Abraham ibn Daud, al lado de su maestro estuvo Ibn Megas alrededor de 14 años estudiando noche y día. Mucho debió de aprender Ibn Megas con Alfasi, porque este mismo lo promovió al título de rabino antes de su muerte. Alfasi dijo de Ibn Megas que “incluso en la generación de Moisés no había existido nadie como él”.

El historiador Abraham ibn Daud lo elogió diciendo que “fue grande su conocimiento de la Torá y su honradez, por lo que su fama se extendió de Sefarad a Egipto, a Babilonia y a todos los países. A su gran sabiduría hay que sumar sus virtudes, que son testimonio de que él era de la descendencia de Moisés, nuestro maestro”.

Los estudios talmúdicos de Isaac Alfasi y Yosef ibn Megas serían muy apreciados por uno de los judíos medievales más conocidos: Maimónides. A ambos los calificaba como “mis maestros” lo cual no implica que estudiara directamente con ellos, pues por la diferencia de edad era totalmente imposible. Pero cuando Maimónides quería otorgar un valor especial a sus propias decisiones sobre cuestiones talmúdicas, afirmaba que sus opiniones coincidían con las de Alfasi o Ibn Megas.

En la introducción a su *Comentario a la Mishná*, el gran Maimónides decía de este último lo siguiente: “Puedo dar testimonio de que la manera de entender el Talmud que tiene [Ibn Megas] impresiona a todo aquel que toma nota de sus afirmaciones y de la profundidad de su percepción, de tal manera que de él puedo decir que *antes que él no hubo rey semejante* (2 Re 23,25) en su método de estudio”.

De las famosos *Halajot* de Isaac Alfasi, decía Maimónides que uno se tenía que esforzar muy mucho para encontrar en ella siquiera diez errores. Maimónides consideraba la obra de Alfasi de tanta importancia, que recomendaba estudiar su propia obra *Mishne Torá* junto con las *Halajot* de Alfasi como guía.

La historia judía de Lucena es pues una historia de maestros y discípulos, de enseñanzas y aprendizajes, esencia pura de las dos acepciones de la raíz hebrea *lamad* a las que me he referido al principio de mi intervención.

Siguiendo la estela de estos brillantes sabios judíos, que convirtieron esta ciudad en la lucerna de la sabiduría, los participantes de este simposio también venimos a poner en práctica estas dos acepciones de la raíz *lamad*: venimos a enseñar pero también venimos a aprender.

A lo largo de los próximos días, brillantes profesores de Universidad, sesudos investigadores de centros científicos, avezados estudiantes que preparan sus tesis doctorales nos enseñarán algo más sobre la difusión del patrimonio judío en España, sobre la prensa sefardí, sobre la presencia judía en la literatura española y sobre la literatura bíblica, entre otros temas. Gracias a ellos también conoceremos más en profundidad la literatura hebrea contemporánea, en la que destacará un recuerdo especial al recientemente desaparecido escritor israelí Amos Oz.

Pero en Lucena también vamos a aprender mucho acerca de cómo se revive hoy en día, en pleno siglo XXI, el pasado judío de una ciudad, una ciudad que siente con orgullo el legado cultural y humano que dejaron los judíos medievales, una ciudad que ha demostrado cómo se debe preservar el rico patrimonio judío que tenemos en nuestro país. Solo hace falta visitar su cementerio judío medieval, descubierto hace unos años, para darse cuenta con cuánto respeto, cuidado, esmero y meticulosidad se han podido recuperar los restos de los judíos que vivieron aquí hace cientos de años para proceder después a su reenterramiento.

Como todos sabéis, la palabra “cementerio” significa literalmente en hebreo “casa de vivos” y así lo atestigua el cementerio judío de Lucena, un lugar en el que la historia, la religión y la literatura de quienes contribuyeron a dotar a esta ciudad de una riqueza

cultural judía excepcional se mantienen más vivos que nunca. Sirva la presencia de la Asociación Española de Estudios Hebreos y Judíos en Lucena como muestra de admiración y aprecio por el respeto y devoción que esta ciudad ha demostrado hacia su pasado judío.

Quiero terminar mi intervención agradeciendo al alcalde de Lucena y a su corporación municipal todo el apoyo que nos han dado para la organización de este simposio. A Manuel Lara por su apoyo y su presencia en este acto, así como por el toque artístico que da a las traducciones de los poemas hebreos, fiel reflejo de sus dotes poéticas. Y a Francisco Carrasco, el amigo Fran, por su entusiasmo, por su dedicación incansable y por todos los esfuerzos que ha empleado en la organización de este simposio, pero también por su compromiso firme y constante en mantener viva la “lucerna de la sabiduría”, la memoria judía de Lucena, con su Asociación Lucena Bet Alfasi. Y a todos ustedes, muchas gracias por su presencia y su atención. Que disfruten de este simposio.

Mariano Gómez Aranda,

5 de junio de 2019